

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

CHOU, Diego. “Los chinos en Hispanoamérica”, en: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, FLACSO-Sede Costa Rica, No. 124, 2002.

Introducción

El trabajo del doctor Diego Chou que hoy comentamos, forma parte de su tesis doctoral titulada “Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)”, la cual fue defendida en la Pontificia Universidad Católica de Chile en agosto del año 2001, y se centra en un análisis transversal del impacto de las migraciones chinas a Hispanoamérica –específicamente en el caso de México, Panamá, Costa Rica, Cuba y Perú– en un período que va de 1850 hasta 1950, aproximadamente. Si bien el trabajo de Chou se basa en un enfoque desde la ciencia política, sus alcances desbordan esta perspectiva y brindan posibilidades de análisis desde la historia, la economía y la sociología, por citar algunas disciplinas.

En este comentario voy a enmarcar el trabajo de Chou en el contexto general de la diáspora china desde el siglo XIX y del desarrollo del *indentured labour* como un componente central del sistema capitalista para, en una segunda parte, plantear los aportes de su trabajo con miras al trabajo futuro de la investigación sobre las migraciones en, y desde, América Latina.

La diáspora china en el contexto del indentured labour

El *indentured labour* constituye, en sus orígenes, una forma contractual de trabajo que se utilizó en Europa desde el siglo XVII, mediante la cual los trabajadores se comprometen a cumplir un conjunto de términos de servicio, en un país específico, a cambio de una serie de condiciones establecidas por los “enganchadores” privados o por los gobiernos contratistas. Se ha calculado que entre 1630 y 1776, mediante este mecanismo ingresaron a los Estados Unidos unos 400,000 europeos; en contraste, ingresaron unos 20 millones de esclavos. Con la abolición de la esclavitud, se abrió una demanda de mano de obra para las plantaciones que empezó a ser suplida por población asiática. Desde principios del siglo XIX se ha calculado en 12 millones de personas el movimiento de población bajo este mecanismo, para el período comprendido entre 1830 y 1930. La fuente principal para el trabajo contratado fue la India, debido al peso de la tradición colonialista

británica, pero a ésta se unieron China, Japón y África, y en menor medida contribuyeron las islas del Pacífico.

Para el caso europeo, parece haber consenso al atribuir a las primeras fases de la industrialización y su impacto sobre el mundo rural y la manufactura tradicional, un papel preponderante en los orígenes de las migraciones contemporáneas —del siglo XIX y principios del siglo XX— de ahí el énfasis puesto en el estudio del siglo XIX dado el influjo del capitalismo.

Entre 1815 y 1913/1930 emigraron de Europa entre 40, 50 y 60 millones de personas, que tuvieron como destino principal los Estados Unidos.[iv] Este hecho ha cimentado, además de los debates sobre la magnitud de las mass migrations, una visión de las migraciones internacionales en una sola dirección: Europa expulsando población. En la actualidad estas sociedades se han convertido en “inmigrante-receptoras”, transformándose en multiétnicas, tal y como plantean Massey *et. al.*:

En los últimos 30 años la inmigración ha emergido como una fuerza importante través del mundo en aquellas sociedades tradicionalmente receptoras, tales como Australia, Canadá y los Estados Unidos, en las cuales el volumen de inmigración ha crecido y la composición ha apuntado a lugares fuera de Europa —la fuente históricamente dominante— para orientarse hacia Asia, Africa y América Latina. Mientras tanto, en Europa, países que por siglos habían enviado migrantes se han transformado de repente en sociedades inmigrante-receptoras[v]

Resulta evidente que “...la historiografía se ha centrado de manera especial en el flujo de emigración europea hacia los Estados Unidos, ya que éste fue el principal punto de destino. Los países de la Europa del Sur y del Este, sin embargo, participaron en este proceso y...el papel que desempeñaron los países latinoamericanos no es en absoluto despreciable”[vi]. De ahí la importancia reciente de los estudios sobre emigración e inmigración en áreas periféricas, las cuales ponen énfasis en la dinámica del mercado de trabajo como determinante de las migraciones.[vii].

Por estas razones vale la pena llamar la atención sobre la existencia de flujos migratorios que tienen que ver con la dinámica de las sociedades subdesarrolladas, lo que patentiza la necesidad de estudiar la relación agricultura-industria, pero sin descuidar el estudio de las áreas periféricas, de las sociedades agrarias, que también generan atracción y expulsión de mano de obra.

El sistema de trabajo por contrato se estableció, a mediados del siglo XIX, en el contexto de América Latina, como sociedad receptora, debido a que, ante la falta de mano de obra esclava, la productividad de las plantaciones azucareras, altamente intensivas en mano de obra, empezó a decaer.

A esta situación se aunó el hecho de que las guerras de independencia de los países latinoamericanos también destruyeron, en gran medida, el sistema esclavista.

En el caso particular de China, como sociedad expulsora, ésta se constituyó en la segunda gran proveedora de mano de obra de este entorno bajo contrato, después de la India. Para explicar someramente esta situación, hay que tomar en cuenta el boom poblacional que sufrió China entre 1700, con una población de 150 millones de habitantes, y 1850, cuando llegó a tener más de 430 millones de habitantes. Si bien China, para esta época, no se encontraba bajo control extranjero directo, hecho que llevó a que los enganchadores europeos tuvieran que restringir sus actividades a algunas regiones costeras, no se debe olvidar que existía control británico sobre Hong Kong, y un vínculo comercial con otros cinco puertos chinos, como resultado de la primera guerra del Opio, acaecida entre 1839 y 1841. Si bien el gobierno chino estableció restricciones institucionales para el libre flujo de sus pobladores como mano de obra, ya desde 1843 se inició el transporte de culíes (coolíes) hacia diversas partes del globo.

La presencia china fue casi exclusivamente masculina, de modo especial entre los que llegaron en la ominosa condición de culíes. En ellos los matrimonios mixtos fue una regularidad imprescindible para mantener viva la continuidad biológica y cultural. Los que durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, en condición de inmigrantes libres y con recursos económicos, lograron mandar a buscar jóvenes esposas a China, según sus tradiciones clánicas, fueron la excepción. Por ejemplo, en el caso cubano, la mezcla de los descendientes de chinos con el resto de la población ha sido un proceso constante hasta el presente.

El indentured labour constituyó una forma de proletarización muy cercana a la esclavitud y bastante lejana del proletariado industrial. Por esta razón, los peones tendieron a escapar de las faenas, a asaltarlas y robarlas, desacatando a patrones, jueces, vigilantes y policías. Pero, ¿cómo podemos explicar la relación entre la diáspora china y América Latina?

La diáspora china y América Latina

Según Kenwood y Lougheed, "...no hay duda de las ventajas de la especialización que se producen como consecuencia de que el comercio internacional provee la oportunidad para una división internacional del trabajo, que conduce a una mejor asignación de los recursos económicos y a una mayor

eficiencia en cada país. Estas ventajas...fueron, durante el siglo pasado, las que fijaron las bases para la defensa de una política de libre cambio”.¹ Este fenómeno permitió una liberalización gradual de los flujos de bienes, capitales y mano de obra entre 1820 y 1913.

En América Latina, el denominado “modelo de desarrollo hacia afuera” o “export-led growth” tuvo sus orígenes en la división internacional del trabajo generada en la segunda mitad del siglo XIX, como fruto del proceso descrito anteriormente. El resultado fue un vigoroso énfasis puesto en las exportaciones de materias primas y alimentos, a raíz de la demanda generada por los centros industriales.² Este crecimiento constituyó la base económica del Estado oligárquico en nuestro subcontinente, dado que los liberales apostaron por este modelo.

El modelo de capitalismo dependiente constituye el contexto general en el que se inserta la construcción de la identidad nacional latinoamericana. Además, aunque esté claro que “...la legislación agraria durante el siglo XIX va a estar interferida por tres principios básicos: la existencia de la propiedad extensa, al estímulo y el respeto a la propiedad privada y el fortalecimiento del modelo agroexportador como vía primaria para promover el 'desarrollo' nacional frente al supuesto estancamiento heredado de la colonia”.³

El fomento de la agricultura, la minería y otras actividades extractivas apareció ya hacia la década de 1880 como el motor del crecimiento económico, interés que se vio complementado por la política orientada a poblar el territorio. En ese sentido, tuvieron relevancia los proyectos de colonización, la inmigración de mano de obra y las migraciones internas. Estos tres mecanismos obedecen a lógicas diferenciadas, a pesar de tratarse en general de movimientos de población.

El propósito de las colonias agrícolas era sobre todo la ocupación del territorio y estaban orientadas a habilitar terrenos en áreas remotas, atentando muchas veces contra las comunidades indígenas. En este caso, la con-

¹ Kenwood, A. G. y A. L. Lougheed, *Historia del desarrollo económico internacional. Desde 1820 hasta nuestros días*, Madrid, Ediciones Istmo S. A., 1992, Edic. orig. inglés 1972, pp. 15-16.

² Según William Glade: “What happened in Latin America between 1870 and 1914 is, in one sense, indisputable. The principal engine of growth in this period was industrial production in countries of the economic center...”. Cfr. Glade, William. “Economy, 1870-1914”. En: Bethell, Leslie (Edit.) *Latin America. Economy and Society, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 7.

³ Salas, José Antonio. *Liberalismo y legislación agraria: Apuntes introductorios para el estudio de la colonización agrícola de Costa Rica durante el siglo XIX*, Escuela de Historia, Universidad Nacional: mimeo, s.f., p. 11

fianza no se puso en el número, si no más bien en el origen y la experiencia de los inmigrantes. Muchos de estos intentos fracasaron y el fenómeno corrió suerte similar en América Latina. La inmigración de mano de obra y el problema de la escogencia de los inmigrantes surgió con la construcción de los ferrocarriles y con la autorización de importar braceros chinos y caribeños. Esta inmigración tuvo un mayor peso cuantitativo. Por lo tanto, la economía política de la época tenía como preocupación fundamental la relación entre una aparente “abundancia de tierras y recursos”⁴ y la escasez de brazos para explotarlas.

Según Guiselle Marín, de “...acuerdo con las políticas migratorias costarricenses —así como sucedía en otros países de América Latina— se hacía una selección de los inmigrantes. La ideología liberal predominante, que había adoptado conceptos eurocentristas de la época, mostraba su mayor interés por los inmigrantes procedentes de Europa”⁵.

En términos estrictos, el problema de la selectividad surgió con la construcción del ferrocarril y la autorización para importar braceros chinos y caribeños. Estas inmigraciones también fueron segmentadas, puesto que los trabajadores se incorporaron a diferentes segmentos del mercado laboral de la época: no solo se dedicaron a la agricultura o al trabajo de construcción, sino también a los servicios y, desde el período anterior, al comercio.⁶

En este contexto ¿Cuáles son los aportes del trabajo de Chou?

Indudablemente, el solo planteamiento de la problemática de las migraciones chinas hacia Hispanoamérica constituye un aporte fundamental que enlaza, directamente, con los estudios sobre la diáspora africana que se han venido desarrollando desde la región de América Central, mediante investigaciones de colegas como Lara Putnam, Lowell Gudmundson y Rina Cáceres, entre otros.

⁴ Aquí vale la pena resaltar al omisión de la presión sobre las tierras ocupadas por indígenas, tal y como resaltan entre otros los siguientes trabajos: Viales, Zobeida. *Las comunidades indígenas del Valle Central de Costa Rica durante el siglo XIX: políticas del Estado y tenencia de la tierra*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNA, s.f. y Solórzano, Juan Carlos. *Indígenas y neohispanos en las áreas fronterizas de Costa Rica (1800-1860)*, San José, Mimeo, 1997.

⁵ Marín, Giselle, *Españoles en la ciudad de San José a fines del siglo XIX y principios del XX*, San José, Mimeo, 1997, p. 6.

⁶ Algunos indicios que hemos recogido apuntan hacia la existencia de diferencias salariales importantes en el mercado laboral de la época, pero aún falta sistematizarlos.

En este caso, Chou introduce otro elemento interesante: la posibilidad de comparar la inserción de los chinos en cinco realidades: la mexicana, la cubana, la costarricense, la peruana y, fundamentalmente, la panameña, entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX. Una primera constatación relevante, consiste en el hecho de que, mediante el ejercicio de la comparación, la inserción y asimilación de los chinos en Hispanoamérica no fue homogénea, tal y como plantean las obras generales sobre América Latina que tratan sobre esta temática. Antes bien, las estructuras y coyunturas históricas de las realidades señaladas anteriormente, todas determinadas por el indentured labour, el desarrollo del capitalismo y las necesidades de mano de obra posteriores al abolicionismo, van a estar fuertemente marcadas por factores culturales y por factores institucionales que, en última instancia, según Chou, van a determinar los rasgos de esta inserción.

Así por ejemplo, la asimilación china va a ser más palpable y menos dolorosa, aunque con altibajos, en México, Perú y, sobre todo Panamá, aunque sobre éste último caso se cuenta con mayores evidencias primarias, que en Cuba y Costa Rica, aunque un factor común en todos los casos va a ser la persistencia de las condiciones infrahumanas de trabajo en el momento de llegada de los chinos a la sociedad receptora, así como una representación social del otro, el migrante coolí como despreciable, como competencia laboral y como competencia empresarial en un segundo momento.

Chou hace un esfuerzo, aunque fragmentario debido al carácter de las fuentes de su investigación, por dimensionar la migración china a estos países. Por supuesto, esa tarea se convierte en una puerta abierta para la investigación, pero la reconstrucción cuantitativa del autor le da pie para analizar las formas de resistencia de los chinos ante la explotación, en el sentido de segmentar las formas de resistencia colectivas e individuales: por citar dos ejemplos, en el caso individual, una forma de resistencia extrema fueron los suicidios, guiados por la creencia de que el alma iba a retornar a China y de que ésta podría reencarnar en su terruño; socialmente, esta práctica contribuyó a exacerbar el racismo y la incomprensión de que fueron objeto los chinos en las sociedades receptoras; colectivamente, además de revueltas y asesinatos de capataces, es importante señalar que los migrantes exitosos, también se organizaron en sociedades de fomento o de carácter comercial, con la finalidad de defender su inserción, la cual se dio sobre todo en el sector de los servicios, dentro el cual el comercio en pequeña escala sobresalió desde el inicio.

Sobre la migración de retorno no hay un seguimiento sistemático en este trabajo, pero nuevamente se abre una puerta para la investigación; lo que sí

queda claro es que no todos los chinos murieron o se asimilaron, sino que un pequeño contingente retornó a sus lugares de origen, señalo lugares porque, como habíamos visto, la emigración tuvo un marcado origen regional: Guandong fue una región típicamente expulsora de población, por ejemplo.

Lo que sí es interesante resaltar, como elemento central de este trabajo, es el papel activo que jugó el gobierno chino en la protección de sus compatriotas, con lo que se activó el mecanismo de las negociaciones bilaterales, algunas veces con la mediación de otros gobiernos, como el de los Estados Unidos en los casos de Cuba y Panamá. Este es un aspecto muy novedoso, puesto que nos da una idea de cómo a la par de los contratos para emigración, se fue tejiendo un aparato institucional que buscó, cuando no existía crisis interna en China, la protección de los ciudadanos chinos contra los abusos de los contratos y contra los abusos de las sociedades receptoras, posibilitando, además, la defensa de los intereses económicos de los chinos en estas tierras.

De acuerdo con Chou, el patrón de migración de chinos fue típicamente de “hombres solos”, un patrón que también se atribuyó a los a los inmigrantes africanos en las Antillas y que hoy ha sido desmitificado, por lo que esta situación favoreció el mestizaje en las regiones de asimilación, mecanismo que se utilizó también para obtener la ciudadanía.

La incorporación de factores institucionales nos permite aproximarnos al modelo explicativo implícito, ya nos dirá algo el autor, del trabajo de Chou.

Las bases del modelo explicativo de Chou

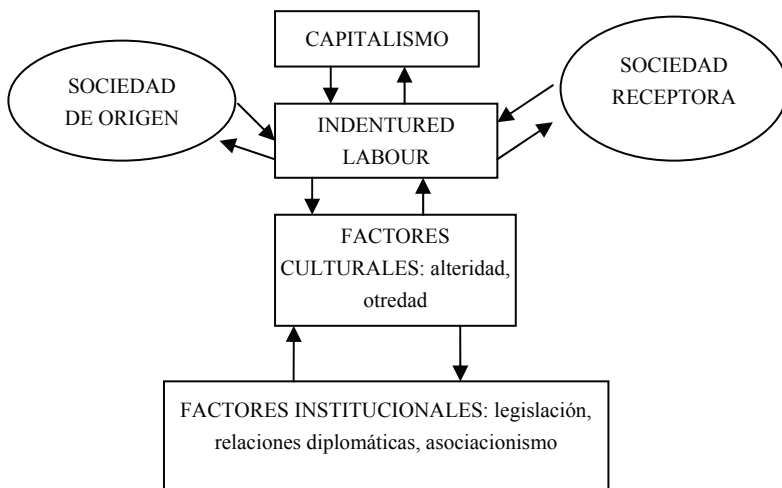
En síntesis, el trabajo de Chou ofrece una interesante posibilidad de analizar los estudios de la diáspora china, en dos sentidos:

- Por una parte, mediante la introducción de la dinámica institucional en la problemática, como un factor explicativo en última instancia, tanto en el nivel de la sociedad de origen como en el de la sociedad receptora, lo que podríamos graficar conceptualmente de el siguiente esquema.
- Por otra parte, en el sentido de señalar la necesidad de analizar tanto la explotación y el racismo contra los coolíes, como la asimilación de los inmigrantes chinos con carácter exitoso, aunque no por ello ajenos a la discriminación.

Será muy interesante que los estudiosos de la diáspora china y africana empiecen a elaborar análisis comparativos sobre la base de propuestas como la de Chou, con el fin de empezar a buscar patrones comunes y diferencias

que nos permitan avanzar en la explicación del complejo fenómeno de la inmigración internacional en América Latina y de la emigración desde China y África.

Esquema A
Determinantes para el estudio de las migraciones chinas a Hispanoamérica, según Diego Chou.



*Ronny Viales Hurtado**
(Costa Rica)

* Universidad de Costa Rica.

MARÍN-GUZMÁN Roberto y ZÉRAOUI Zidane, *Arab Immigration in Mexico in the Nineteenth and Twentieth Centuries. Assimilation and Arab Heritage*, Austin-Monterrey, Augustine Press- Instituto Tecnológico de Monterrey, 2003.

Este libro sobre la inmigración árabe a México durante los siglos diecinueve y veinte constituye un trabajo pionero en su campo porque es el primero realizado a partir una investigación en fuentes primarias, principalmente en las depositadas en el Archivo General de la Nación en la ciudad de México, en el Archivo Nacional de Tampico, en el Archivo Nacional de Costa Rica, así como en colecciones de varios países del Medio Oriente. La labor de consulta de las leyes de inmigración mexicanas, censos, padrones e informes fue complementada con la tarea de confrontar los datos ofrecidos por esas fuentes con los aportados por los trabajos realizados con anterioridad por otros. estudiosos del tema. El acceso que tuvieron los autores a un registro de más de siete mil quinientas fichas de información sobre población árabe, no disponible anteriormente, les permite ofrecer una perspectiva nueva sobre diversos aspectos de su presencia en la sociedad mexicana.

El primero de los ocho capítulos del libro establece una cronología de la inmigración árabe distinguiendo cinco periodos a partir de 1878, fecha en que se produjo el primer arribo de inmigrantes libaneses. La etapa inicial estuvo enmarcada dentro de la expansión del capitalismo liberal durante el Porfiriato que estimuló la inversión foránea y aumentó la demanda de mano de obra, factores que favorecieron la inmigración extranjera, entre ella la de los árabes. Un segundo periodo de inmigración abarcó de 1919 a 1945, produciéndose el mayor flujo en la década de 1920 por las políticas restrictivas aplicada por otros países y por la atracción que ejerció el auge petrolero de Tampico.

Los cambios políticos ocurridos en el Medio Oriente al finalizar la Segunda Guerra Mundial, una crisis económica y otros problemas abrieron una nueva fase de inmigración, especialmente de libaneses que tenían familia o amigos en México. Durante este tercer periodo, que comprendió los años entre 1945 y 1966, México ofreció oportunidades económicas también para inmigrantes provenientes de Siria, Jordania, Egipto e Irak. La intensificación de los conflictos en el Medio Oriente por dos guerras importantes, la de Los Seis Días en 1967 y la del Yom-Kippur/Ramadan en 1973, dio origen a otro éxodo importante de población. El estallido de la guerra civil en Líbano en 1975 marcó el inicio del último periodo de inmigración que llega hasta el presente.

A partir del segundo capítulo el libro brinda información detallada sobre el arribo y características de los inmigrantes. Eso permite conocer que Veracruz fue el principal puerto de entrada de los inmigrantes árabes a finales del siglo XIX y principios del XX y que se asentaron en los estados del golfo de México: Campeche, Yucatán y Veracruz. En las décadas siguientes otros estados reemplazaron a los del golfo como sitio principal de ubicación de los inmigrantes árabes, y para la década de 1940 y 1950, estos empezaron a concentrarse en el norte: Nuevo León, Coahuila y Chihuahua. Nuevas oportunidades económicas, políticas y culturales en la ciudad de México hacia los años cuarenta incentivaron a muchos inmigrantes a establecerse en la capital

Entre las características principales de la inmigración árabe se destaca la de que en su mayoría provenía de Líbano, representando el 82.21%. Los libaneses emigraron muy jóvenes, el 52.8% estaba comprendido en la categoría de edad de entre los 16 y los 30 años, siendo el promedio 20 años. Dada su juventud, muchos eran solteros cuando llegaron a México; sin embargo, se casaron dentro de su mismo grupo étnico porque mandaron a traer a sus futuras esposas a su tierra natal. Los que ya estaban casados, emigraron solos y enviaron por sus familias pocos años después de haberse establecido en México.

La mayoría de los libaneses eran cristianos: católicos maronitas, griegos ortodoxos y griegos católicos. Entre los inmigrantes hubo también un pequeño porcentaje de judíos y de musulmanes. La asimilación de este último grupo a la sociedad mexicana se hizo más difícil por sus creencias religiosas y sus deseos de quedarse solo el tiempo necesario para ahorrar cierta cantidad de dinero y regresar a su lugar de origen.

En lo referente a sus contribuciones económicas, los autores señalan que si bien los libaneses emigraron principalmente de aldeas y pueblos pequeños de las áreas rurales arruinadas por el colapso de actividades como la producción de seda, al llegar a México se establecieron en las áreas urbanas y se dedicaron al comercio. Dos factores contribuyeron a que los árabes se dedicaran al comercio en el primer periodo de inmigración (1878-1919), uno fue la legislación mexicana que prohibía a los extranjeros la adquisición de tierras y el otro fue la apertura de numerosas oportunidades económicas gracias a la expansión del capitalismo liberal. Demostraron ser excelentes hombres de negocios, dedicándose inicialmente al comercio ambulante de casa en casa y de pueblo en pueblo de mercancías de uso personal de bajo costo que vendían al crédito. Estos comerciantes pusieron nuevos bienes a disposición de los residentes de comunidades rurales aleja-

das cuya capacidad de consumo se incrementó no solo por la venta al crédito sino también porque sus salarios mejoraron por el crecimiento de la economía entre 1920 y 1934. La acumulación de ganancias producto del comercio itinerante permitió a los inmigrantes árabes consolidar sus negocios y dejar esa actividad para establecer almacenes y tiendas.

A partir de la década de 1930, los libaneses incursionaron en otro campo, el de la industria textil, que tuvo en Puebla uno de sus centros principales. Muchos de ellos fueron visionarios e invirtieron en oro y bienes intercambiables durante los años de turbulencia política, económica y social de la Revolución Mexicana. Eso les permitió comprar industrias textiles ya establecidas a empresarios que se fueron a la ruina como consecuencia de la crisis económica del periodo de guerra civil. En las décadas siguientes las medidas proteccionistas de las políticas de industrialización para la sustitución de importaciones fortalecieron a las empresas textiles de los libaneses y favorecieron la diversificación hacia otros sectores de la producción.

El éxito como hombres de negocios estuvo acompañado por un rápido ascenso social llegando muchos de ellos ocupar destacadas posiciones dentro de la sociedad mexicana. El fuerte sentido de comunidad de los libaneses contribuyó significativamente al éxito económico de este grupo ya que se tradujo en acciones como el aporte de recursos para reunir el capital suficiente para la importación de maquinaria, entre otras cosas. La cohesión como grupo también se manifestó en la creación de instituciones de caridad y beneficencia para ayudar a los recién llegados, a los más necesitados o a los menos exitosos.

El interés por preservar la cultura y los lazos con la patria de origen condujo a la formación de asociaciones culturales y religiosas, de sociedades de jóvenes y a la publicación de periódicos y revistas, algunos de corta duración, en árabe y en español. Asimismo, en los años cincuenta existió un programa de radio, *La Hora Libanesa*, orientado a promover el conocimiento de la cultura y las tradiciones libanesas. Los conflictos políticos más recientes en el Medio Oriente también han motivado a los descendientes de los inmigrantes árabes a hacer un llamado a la opinión pública para trabajar a favor de su solución. Tal fue el caso de la formación en 1989 del Comité Mexicano Libanés para la Salvación del Líbano que abogaba por el fin a la sangrienta guerra civil iniciada en 1975.

Los esfuerzos por mantener las raíces, las costumbres y las tradiciones, sin embargo, han estado acompañados por un fuerte deseo de asimilación a la sociedad mexicana. En una entrevista, el dramaturgo y director Héctor Azar, de origen libanés, expresaba que sus mayores siguieron extrañando y

soñando con nostalgia con su patria pero buscaron asimilarse. Esa combinación, agregaba Azar, se manifestó en la forma en que fueron criados los libaneses, se les inculcó que “de la puerta de la casa para adentro estaban en Líbano y de la puerta para afuera vivían en México”.

A manera de conclusión los autores señalan que los descendientes de los inmigrantes árabes, especialmente los libaneses, sirios y palestinos, están completamente integrados a la sociedad mexicana. Han adoptado nombres en español, ya no hablan árabe y muchos se han casado fuera de su grupo étnico. Varios han tenido y tienen importante participación en la política como senadores, congresistas, gobernadores en varios estados y en puestos administrativos como jueces, ministros y magistrados de la Corte Suprema. Además del campo empresarial e industrial se han destacado en el profesional, artístico, literario y deportivo.

Este libro, editado en forma impecable, cuenta con una extensa sección de notas y referencias bibliográficas y otra de anexos que amplían y complementan la información presentada en los capítulos. La obra ofrece un modelo investigación que podría servir de base para el estudio de los inmigrantes árabes en otros países de América Latina.

*Carmen María Fallas Santana**
(Costa Rica)

* Universidad de Costa Rica.